

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

10



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1969

CONCLUSIÓN

Hemos analizado los rasgos peculiares de "El pájaro mosca", rasgos que hacen de él un relato excepcional de toda la ficción de Roa. En el estudio de la estructura de la narración hemos indicado que se divide en nueve partes y advertimos que existe entre ellas una desproporción, que condena el desenlace al fracaso. Vimos, en efecto, que la hábil caracterización de Funes y de Ozuna —la cual ocupa la mayor parte del relato— sacrifica la de otros personajes tales como Delmira, de quien sabemos poco, y de Julio, de quien casi no sabemos nada.

Este sacrificio de caracterización de unos personajes en beneficio de otros —cuyo retrato es admirable— priva al desenlace de verosimilitud.

No está justificada, hemos afirmado, la súbita locura de Delmira, y eso que ella vive a disgusto en su hogar y en su país, circunstancia que Roa se cuida muy bien de subrayar. Y es Delmira, precisamente, quien, en el desenlace, asume, de súbito, el papel protagónico. Es ella la que enloquece y no su padre ni la víctima de su padre.

En suma: existe una desproporción entre la excelencia de los retratos de unos personajes y la deficiencia en la presentación de otros.

¿Cuál hubiera sido la solución de Roa? Pues la respuesta está implícita en lo afirmado antes y, además, ha sido indicada: el cuento exigía la extensión de una novela o de una *nouvelle* para que cupieran cabalmente en la ficción una serie de antecedentes, una iluminación de situaciones individuales y no individuales que preparasen el desenlace y confirieran a la obra la proporción adecuada en la dramatización de los conflictos de que trata.

MANUEL GÁLVEZ Y LA SOLEDAD INTERIOR

DR. MYRON I. LICHTBLAU
Universidad de Syracuse.

NO PENSAMOS GENERALMENTE en el argentino Manuel Gálvez (1882-1962) al referirnos a la soledad interior como tema novelesco.¹ Otros novelistas, en particular su coterráneo Eduardo Mallea (n. 1903), se han servido de este tema como elemento primordial de toda su obra. Y, en efecto, la soledad espiritual, el aislamiento emocional y la falta de efectiva comunicación entre los hombres son temas más bien explotados por la generación que siguió a Gálvez; es decir, la generación que alcanzó su madurez en la cuarta década y llegó a reflejar la inquietud existencialista de la posguerra (1940-1960). Aunque Gálvez continuó escribiendo novelas hasta su muerte en 1962, sus mayores méritos dentro de la ficción latinoamericana descansan en lo escrito durante las tres primeras décadas de este siglo, el período de *La maestra normal* (1914), *El mal metafísico* (1916), *Nacha Regules* (1919), *Historia de arrabal* (1922) y *Hombres en soledad* (1938). Pero Gálvez, escritor tradicional en cuanto a su concepto de la novela y su técnica narrativa, sintió, no obstante, la angustia emocional del hombre en la compleja sociedad moderna, así como su tremenda soledad interior, que le oprime a cada paso. En varias obras, Gálvez planteó el tema de la soledad y del retraimiento dentro de un ámbito indiferente y a veces despiadado. No procuramos colocar a Gálvez en la misma categoría que aquellos novelistas analizadores de estados de alma; ni hay punto de comparación. Pero hay que señalar que esta misma inquietud la manifestó Gálvez en varios cuentos y novelas, juntamente con su propósito central de pintar am-

¹ Al repasar el Volumen III de *Recuerdos de la vida literaria*, que lleva el subtítulo *Entre la novela y la historia* (Buenos Aires, Librería Hachette, 1962), llegué a captar en todo su alcance la suma importancia, para Gálvez, de este tema de la soledad interior. Gálvez alude el tema indirectamente al hablar de su vida personal, y lo comenta de manera precisa al referirse a sus propias novelas.

bientes: Buenos Aires, La Rioja, Córdoba. Incluso hay algunos escritos de Gálvez relacionados con el tema de la soledad que son anteriores a la obra de Eduardo Mallea. El objeto del presente trabajo es rastrear este tema en Gálvez y analizarlo en sus manifestaciones novelescas más importantes.

En efecto, la soledad en Gálvez se deriva en parte del empeño de pintar ambientes argentinos, pues en ellos viven con mucha frecuencia personajes aislados de su ámbito. Son inadaptados en su propio círculo social, o fuera de él; de ahí su tendencia a perderse ensimismados en su soledad. Carlos Riga en Buenos Aires, José Alberto Flores en Córdoba y aun la ingenua maestra Raselda en La Rioja luchan contra la sociedad que los asedia y los conduce a refugiarse en el aislamiento. De manera que la soledad interior del hombre se compagina bien con la temática de muchas obras de Gálvez, aunque raras veces representa el elemento fundamental de la narración. La soledad o angustia queda más bien en la periferia del asunto narrado; está presente, se asoma de cuando en cuando, pero deja de calar por mucho tiempo en la sensibilidad del lector. Gálvez se enorgullece mucho de haberse anticipado a Mallea en tratar este tema, y así nos recuerda en el segundo volumen de sus Memorias, *En el mundo de los seres ficticios*,² que ya en 1918 había escrito un cuento titulado *Historia de un momento espiritual*, en que señaló el fenómeno de la soledad argentina. A continuación Gálvez afirma que tocó la soledad espiritual en las novelas *La tragedia de un hombre fuerte* (1922) y *Miércoles Santo* (1930), y en un artículo aparecido en la revista *Número* en enero de 1930, *La tristeza de los argentinos*. Debido a este artículo, nos informa Gálvez muy ufánamente, un escritor compatriota suyo, Raúl Scalabrini Ortiz, se puso a redactar su libro *El hombre que está solo y espera*. Por fin, es preciso notar que en 1938 apareció la novela de Gálvez que más directamente se relaciona con el asunto de la soledad: *Hombres en soledad*. Después de esta novela, Gálvez no volvió a tocar el tema, ni siquiera indirectamente.

Como se ha indicado, Gálvez se muestra consciente de la cronología temática de la soledad interior en la ficción argentina, e insiste en su propia prioridad con relación a aquellos escritos de Eduardo Mallea que tratan el mismo asunto. Lo que no señala Gálvez en estas páginas de sus Memorias, y conviene notarlo aquí, es que Mallea presentó plenamente el tema de la soledad en un importante volumen de cuentos que precede a *Hombres en Soledad*. Esta obra, *La ciudad junto al río inmóvil*, publicada en 1936, tiene como tema fundamental la fría e impersonal metrópoli de Buenos Aires, habitada por millares de personas igualmente frías o indiferentes que andan por las calles porteñas

² *Recuerdos de la vida literaria*, Vol. II, *En el mundo de los seres ficticios* (Buenos Aires, Librería Hachette, 1961), p. 196.

sumergidas en su propio mutismo. Cabe notar aquí también que un año antes de *La ciudad junto al río inmóvil*, en 1935, Mallea publicó su célebre ensayo *Historia de una pasión argentina*, que contiene el germen de su pensamiento e incluye muchos comentarios sobre la angustia solitaria del novelista.

Pasemos ahora a comentar las obras de Gálvez que tocan el tema del aislamiento emocional del argentino. El cuento *Historia de un momento espiritual*, escrito en 1918 y publicado en la colección *Luna de miel y otras narraciones* (1920), es la narración en primera persona de un músico retraído y extremadamente sensible que se dirige a un pueblo provincial para dar un concierto. Soñador, idealista, y desorientado, Andrés Icarte siente una irremediable soledad al entrar en el ambiente del pueblecito. En unos párrafos de honda verdad introspectiva, el músico expresa su desilusión por la incomunicabilidad emocional del hombre, por su incapacidad de entregarse a otros. Dice Andrés:

*Siempre tuve la certeza de que el ser humano está solitario en la vida. Y que solitaria transcurre su existencia... Los efectos, los amores, por más hondos que sean, nunca, nunca penetran hasta nuestro yo más íntimo. Hay algo en nosotros que no damos a los demás, ni a nuestros padres, ni a nuestros hijos, ni al amigo del alma, ni a la mujer que amamos. Nadie llega a ese rincón donde está nuestra esencia, nuestra verdad verdadera.*³

La inexorable soledad del músico le conduce a sentirse enamorado de tres mujeres al mismo tiempo —cosa un poco forzada, aun dentro de la psique perturbada que Gálvez nos quiere presentar. El desarrollo del cuento es débil y poco convincente; ni siquiera llegamos a compenetrarnos con la soledad de que padece Andrés. El cuento llega a su punto culminante cuando Andrés, en un momento de arrebató que es el resultado de su soledad, intenta seducir a la mujer que más le atrae. Despavorida, ésta huye y desaparece, defraudada en sus esperanzas de ver en Andrés un hombre superior a los demás.

Mejor creación es la novela *Tragedia de un hombre fuerte* (1922), obra bien concebida, pero difusa y muchas veces tediosa. Tiene como protagonista al diputado Víctor Urgel, hombre dinámico y progresista, infeliz en su matrimonio con Asunción Belderráin,⁴ que encarna lo tradicional, lo atrasado, lo estático de la vida provincial de la antigua ciudad colonial de Córdoba. Al

³ *Luna de miel y otras narraciones* (Buenos Aires, Editorial Tor, 1949), p. 61. La primera edición es de la Editorial Patria, Buenos Aires, 1920.

⁴ El padre de Asunción es Ignacio Belderráin, una de las figuras centrales de la novela *La sombra del convento*. Es hombre austero, autoritario, intolerante, fanáticamente religioso, de un espíritu atrasado y peligrosamente cerrado.

ansia de vida activa y renovadora del marido se opone la inercia inalterable y la esterilidad afectiva de la esposa, producto del ambiente restringido de su hogar paterno. Entre Víctor y Asunción no hay en absoluto la menor afinidad emocional; existe una barrera infranqueable que obliga a Víctor a buscar la comunicación espiritual en amores adúlteros. En *La tragedia de un hombre fuerte*, Gálvez dedica cada una de las cinco largas secciones al análisis de distintos tipos de mujeres a quienes Víctor enamora: amor-imaginación, amor-pasión, amor-piedad, amor-intelectual, la voluntad de amor. Son análisis detallados, a veces profundos, pero carentes de un sostenido interés novelesco que pueda mantener en vilo la atención del lector. Lo que entendemos claramente es que la esencia psíquica de Víctor es su terrible soledad y que cada nueva aventura no es más que una tentativa de ahuyentar esta soledad. El Víctor visible, el diputado enérgico y rebotante de confianza en sí mismo, oculta al mundo lo más íntimo de su ser. Ni su vida oficial de legislador, ni su vida matrimonial, le permiten ser lo que realmente es. Y Víctor, sintiendo la necesidad de comunicarse íntimamente con otro ser compatible, se refugia en el amor, a pesar de que ninguna de las cinco aventuras puede depararle la satisfacción que anhela. La vida de Víctor resulta ser una tragedia, como indica el título de la novela, precisamente porque no hay salida ni solución, dados su conflicto doméstico y la imposibilidad de realizar su deseo de darse emocionalmente a otra persona.

En un capítulo de *La tragedia de un hombre fuerte*, "Almas inquietas", Gálvez generaliza su concepto de la soledad y el aislamiento del hombre:

Este dolor de no poder nunca salir de nosotros mismos hace que los unos y los otros nos ignoremos fatalmente. Dolor muy hondo para aquellos que sienten la tragedia de la soledad. Pasamos sobre la tierra sin que nadie nos conozca en nuestra esencia. El alma de un ser humano es, en su íntimo fondo, un yermo a donde ninguna otra alma llega. Sufren de la inaccesibilidad de este yermo los que aman. Y cuanto más aman, más padecen del aislamiento espiritual y mejor comprenden la tragedia de vivir.⁵

A continuación, el novelista aplica las mismas ideas a los habitantes de la bulliciosa capital y al caso particular de Víctor Urgel:

⁵ *La tragedia de un hombre fuerte* (Buenos Aires, Los libros del Mirasol, 1961), p. 160. Esta edición es la que Gálvez revisó un año antes de su muerte. La primera edición es la de Mercatali, Buenos Aires, 1922.

En la Cosmópolis gigantesca, el alma está más sola. ¿Quién podría penetrar hasta la esencia de otra alma, en medio del tumulto de la vida exterior? ¡Ni siquiera es posible entrar en los caminos que conducen al yermo! Así, Víctor sufría y todos ignoraban su sufrimiento. Le veían con su rostro casi siempre amable y su espíritu juvenil; contar anécdotas y reír; tener todas sus horas ocupadas, sin margen posible para el hastío; triunfar en todo... amar la vida exaltadamente.

Nadie advirtió el pliegue de amargura que surgía de pronto entre sus labios, aun en medio de sus contentos. Su conversación vivaz disimulaba sus tristezas. Su imaginación creábale sueños felices, que no hacían sino agravar el dolor de su soledad espiritual.⁶

Es evidente que estas palabras se asemejan mucho a las de Mallea. Y datan de 1922, catorce años antes de que Mallea expusiera sus propias ideas en *Historia de una pasión argentina*. Difieren los dos en que en la obra de Mallea la angustia resulta tan penosamente personal que se establece en seguida una intimidad entre el autor y el lector; en tanto que en Gálvez la idea del aislamiento, aunque tal vez tan hondamente sentida, no llega a conmover realmente al lector, quedándose más bien como simples, si bien acertadas, afirmaciones psicológicas.

La obra más significativa de Gálvez que trata el tema de la condición solitaria del hombre es *Hombre en soledad* (1938), cuyo contenido no desmiente el título. La soledad y el vacío del ambiente porteño no pueden menos de contribuir directamente al aislamiento del habitante.

En el Volumen III de sus Memorias, *Entre la novela y la historia*, Gálvez dice que siempre ha anhelado escribir una novela que revela el espíritu de Buenos Aires, "una novela de poca acción en la que hubiese choques de almas y diálogos intensos".⁷ Pensaba en un tema que mostrara la esencia misma del espíritu porteño, y se le ocurrió el de la soledad, debido en parte al hecho de que tantos porteños cultos o ricos tuvieran como meta importante de su vida el irse a Europa, a pasar una temporada en una cultura tal vez superior a la de la Argentina. Para Gálvez, éstos buscaban su identidad o autenticidad en regiones foráneas, esperando encontrar allí lo que su propio ambiente les negaba. Sirviéndose del caso de los que disfrazaban su soledad huyendo a otras tierras, el novelista nos describe un grupo de personas que en diversas formas encubren una misma congoja emocional. Gálvez relata con toda franqueza la encuesta

⁶ *La tragedia de un hombre fuerte*, 1961, p. 160.

⁷ *Entre la novela y la historia*, op. cit., p. 348.

que él realizó al prepararse para redactar *Hombres en soledad*. Trató de definir la soledad en la capital, su horrible monotonía y la falta de verdadera comunión entre los habitantes que pasan su vida en completa indiferencia hacia el prójimo. Para huir de sí mismos, los personajes de la novela se meten en la política, se refugian en Dios, se forman ridículas y desdichadas relaciones amorosas, se marchan a Europa, o simplemente enmascaran su carácter genuino de una forma o de otra. Como retrato de la alta clase social de Buenos Aires en la tercera década del siglo, hay pocas novelas que iguallen a *Hombres en soledad*. Como ejemplo de la cristalización de las ideas de Gálvez sobre la soledad, no hay mejor novela. Pero como obra de arte, no puede figurar entre las más logradas de Gálvez, por faltar un bien definido enfoque novelesco, sostenido interés en el argumento y en los personajes, y sobre todo vivacidad narrativa. Discusiones políticas y filosóficas, amores ilícitos, desilusiones y contratiempos, esperanzas destruidas, y toda especie de frustración emocional llenan las densas páginas de la novela. Todos los personajes terminan por sentirse vencidos o cuando menos neutralizados bajo el peso de la sociedad moderna.

Figura central, y tal vez la más solitaria de todas en *Hombres en soledad*, es el abogado Gervasio Claraval, cuyos verdaderos intereses están en la literatura y no en las leyes. Sueña con vivir en París, como todo hombre culto; y cuando su situación económica no se lo permite, se torna cínico y descontento. Muchas veces pretendía escapar a su desilusión caminando solo por las agitadas calles de la capital.⁸ Quería ver gente, observar la muchedumbre, topar con la masa colectiva para sentirse menos solo. Pero lo que veía le desesperaba aún más, pues la soledad y el hastío patentes en la cara de los transeúntes volvían a recordarle su propia angustia. Gálvez describe la escena en su prosa clara y precisa:

*Calle Florida, al atardecer. Gentes y más gentes, en oleadas constantes, como en una manifestación ininterrumpida. Centenares de hombres solos, que desfilaban con paso lento, o que contemplaban desde las esquinas el pasar de los otros. Hombres de expresión contraída, que miraban a las raras mujeres ávidamente, desesperadamente. Hombres que no reían, que no sonreían. Si acaso iban de a dos o de a tres, no hablaban.*⁹

⁸ Muchos personajes de las novelas y cuentos de Mallea también se pasean por las calles de Buenos Aires, pensando, meditando, observando, viviendo su angustia, y pasando revista a la sociedad indiferente.

⁹ *Hombres en soledad* (Buenos Aires, Editorial Losada, 1957), p. 131. La primera edición es la del Club del Libro, Buenos Aires, 1938.

De la Calle Florida, Gervasio dirige sus pasos hacia la Avenida de Mayo, donde la ociosidad y la soledad de los hombres en los cafés le causan una profunda inquietud. El novelista emplea estas palabras:

*Avenida de Mayo. Gente por las aceras. Cafés innumerables, llenos de hombres. ¿Qué hacían esos hombres en esos cafés? En algunos, una orquesta de señoritas derramaba tangos desde lo alto de sus tribunas. Ojos estáticos en las piernas o en los ojos de las muchachas. Ojos extáticos en vaya a saber qué cosas lejanas, olvidadas o inaccesibles. Muchos de esos hombres estaban solos, sin amigos, uno en cada mesa. Otros se reunían en grupitos... le parecía que ahora hubiese más tristeza en esas reuniones, más silencio, más fatalismo, más soledad.*¹⁰

Un caso extremado de soledad interior en esta novela es Casilda, la hermana de Gervasio. En parte, el retraimiento de esta mujer proviene de la rigidez social y moral de su padre, resuelto a no soltar la rienda de su arbitrario dominio. Para rebelarse contra su encierro emocional, Casilda entró en relaciones ilícitas con un tal Méndez Arcona, hombre de pocos escrúpulos que se aprovechó oportunamente de su soledad. Casilda lucha por liberarse, por salir de sus confines psíquicos, por romper las cadenas que la tienen presa. Y lo que es más, anhela ser como una tal Brígida, mujer de vida fácil, que acepta el amor caprichosamente y que acaba por ser la amante de Gervasio. La huída emocional de Casilda llega a ser cada vez más penosa cuando se contrasta con la vida extrovertida y emancipada de mujeres como Brígida.

En escala menor, otras novelas de Gálvez muestran aspectos de la misma soledad del hombre moderno, pero no hay necesidad de detenernos aquí en estas obras. Basta con decir que en *El cántico espiritual* (1923), *Miércoles Santo* (1930) y *Cautiverio* (1935), se pueden notar casos del mismo fenómeno emocional, pero el propósito novelesco de Gálvez en estas obras es otro, y sólo tangencialmente tocan el tema. En *El cántico espiritual*, la búsqueda, por el escultor, de un amor espiritual o ideal lleva implícito el deseo de librarse de su angustia solitaria. Algunos de los penitentes, sobre todo los adúlteros, a quienes escucha el padre Solanas en *Miércoles Santo*, deben en parte sus pecados a su propia incapacidad de mantener las adecuadas vías de comunicación con otros. Y por fin en *Cautiverio*, las muchas infidelidades de María Elena se explican por la falta de un fuerte lazo emocional entre marido y esposa.

Para concluir: En varias obras de Gálvez se hallan muchas de las ideas

¹⁰ *Hombres en soledad*, 1957, p. 133.

